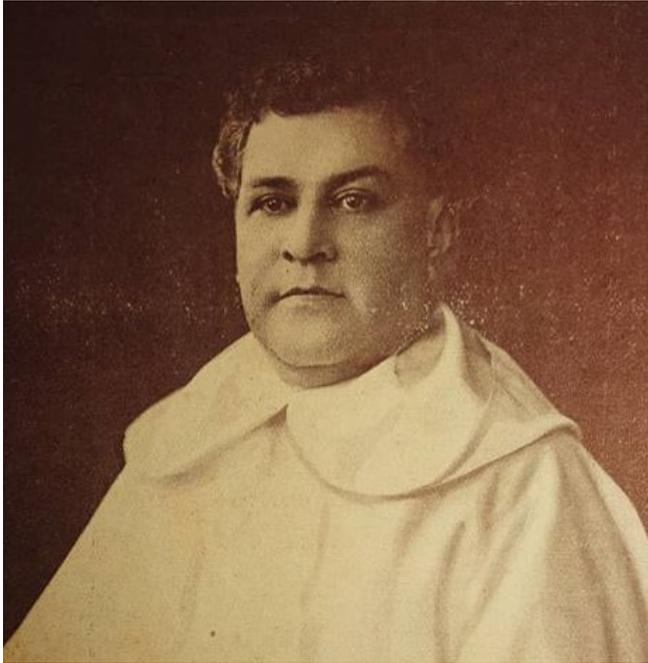


Rdo. Padre Fray Tomás Luque



Discurso de apertura pronunciado por el Rdo. Padre Provincial Fray Tomás Luque

En la fiesta literaria realizada el domingo 10 de Setiembre de 1933.

No se me oculta que, aunque tal no fuese el pensamiento de la superioridad de la congregación argentina y dominicana del SS. Nombre de Jesús al discernirme el honor de una invitación especial a la participación en esta fiesta, toda la significación de mi palabra en ella, radica en la personería oficial de la entidad que represento.

Y ya bien comprenderéis que, ni por la distinción personal que me dispensa ni por el deber de solidaridad que para con el respetable instituto nos imponen estrechos vínculos de fraternidad, podía declinar una invitación semejante, y dejar de acudir a tan gentil llamado.

Era la fórmula posible de la expresión exacta e integral del unánime sentir de todos los dominicos argentinos, que es de adhesión absoluta y cordial a este noble y justiciero homenaje. A la digna institución, pues, y a la ínclita ciudad de Tucumán, cuna de la heroína celebrada, dirijo este saludo y los plácemes de la Provincia dominicana de San Agustín, en las Repúblicas, Argentina, del Paraguay y el Uruguay.

Señores:

A un siglo de distancia de un venturoso alumbramiento, que pudo ser de un ténue rayo de sol infiltrándose en la alcoba de un hogar modesto, o bien el magnífico despuntar de un astro en el levante, a cien años de una cuna, cuya calidad y lustre no es lo que más nos interesa; a una centuria del epezar de una vida que, como todas, se inicia con un vajido, ¿qué puede decirse de ellos, sino que fueron una sonrisa promisor, una yema en el gajo del árbol, una flor en su rama frondosa, una estrella en el cielo, una estrella de tantas, que parecen todas nacidas para orientar al caminante, y que cumplen o no cumplen su misión; un enigma cuya cifra quedaba librada a los años, a los sucesos, a mil factores que no está en las facultades del hombre discernir?

Un talento prócer de la hodierna filosofía y de las letras, no sé si con la seriedad suficiente, ha formulado la teoría de la historia que deberá estudiarse por un método inverso a la cronología de los hechos. Acaso tenga razón, toda vez que, partir, no es llegar a parte alguna, que lo que importa en los acontecimientos son las consecuencias, sobretodo, y que al fin y no al principio del *estadium* está la corona de los vencedores.

Desde luego, señores, que es menos significativo puntualizar esta efemérides, ciertamente auspiciosa del diez de Setiembre de 1833, que el dejar constancia de que un día abrió una flor

de eternidad en este inmenso y exquisito jardín tucumano; menos significativo, repito, que el hecho de poder constatar, salvo el juicio más respetable y siempre inspirado de la Iglesia, el advenimiento no lejano de un insigne honor que todavía nos falta: el de una santa nativa de esta tierra bendita, que sería la V. Madre Dominga del Santísimo Sacramento Paz Gallo, sobre los altares de la piedad argentina.

Sabéis bien, señores, que no hiperbolizo ni me aventuro; antes sí, que traduzco con lealtad de vuestro pensamiento, nada temerario, y el consenso unánime, el anhelo freviente, no sólo de su espiritualidad selecta, sino también de la masa de este pueblo de Tucumán, que ha visto la santidad tan de cerca y ha aspirado sus perfumes a través de un alma diáfana y al contacto de un corazón cuyas exelsitudes y profundidad su veneración sintetizó en el nombre familiar y tierno de <<Madre Elmina>>.

En las sobrias y discretas salas del instituto a que ella dio con el calor de su ternura la vida, lo mismo que en impresos que corren con carácter de homenaje más o menos fragmentario y duradero, pero siempre sentido, contemplase una fotografía de la señora Elmina Paz de Gallo, tomada en 1833 y que, por lo que al observador menos perspicaz dice de la serenidad de su espíritu y de la hondura de su bondad, yo estimo un documento precioso: todo un espejo de su fina psicología fundamentalmente hecha de temple y de bondad. Pienso que a la larga distancia si otros elementos de juicio no existieran, por él, su temperamento, su fisonomía moral sería de tan fácil traducción y de fidelidad tan cumplida, que sorprendería a los mismos que compartieron sus días y disfrutaron su trato.

Empero, su vida y sus hechos ni siquiera pertenecen todavía a la más sercana tradición lugareña. Ella vive aún en todo su grande hogar que fue Tucumán; y en el resto del país, donde rara vez o solo en forma circunstancial se hizo presente, lo mismo que donde solo alcanzó la menta de su virtud, se piensa en ella como se piensa en la flor que a la vera del camino rozó las vestiduras y brindó al viajero el halago de sus aromas al pasar.

Había nacido en uno de aquellos hogares de nuestra incontaminada aristocracia de los tiempos heróicos, lejanos más que por los años transcurridos por la depresión moral que achata el descristianizado ambiente en que el mundo, y con el nosotros nos asficciamos hoy. Naciera, decía, en uno de aquellos hogares en que el blasón familiar estaba todo formado de cristiana piedad y de cibvico valor, sobre el azul purísimo de una inmaculada tradición o bien sobre el campo bermellón, en recuerdo de la sangre con heroísmo derramada por la patria. Fue aquella su primera escuela de virtud.

Pese a la turba de los desnaturalizados que se empeñan en no ver en la humanidad otra cosa que un semillero de instintos perturbadores, que la victima de los perversos ímpetus de un hado brutal que la domina y empuja hacia lo abyecto, Elmina trajo al mundo las señales de la divina complacencia: ese algo misterioso y, a la vez evidente, que con inefable suavidad irradia de las almas predestinadas. Dada a la tierra como un signo de bendición, trasluciendo de su propio destino un suave destello de superioridad espiritual, era el ángel doméstico, al dulcificar la austeridad de recias prácticas y raciales virtudes.

Y fue la doncella profundamente cristiana, a quien Dios conducía como suele hacerlo con sus predilectos: con seguridad y sin premura.

Al igual que el agua cristalina se desliza sobre el níveo plumaje del cisne, se escurrieron siempre los halagos del mundo sobre su alma, de impermeabilidad virtuosa.

Por eso, respondiendo a las exigencias de su condición y linaje, pudo sin peligro llevar a su agraciada juventud al seno de la sociedad selecta que le formaba digno marco, realzando en todo momento y circunstancia los prestigios de la misma, con el supremo decoro de su distinción y modestia.

Y fue la esposa abnegada y fiel de cristiano y claro varón, el cual, como el de las Parábolas de Salomón, pudo confiar íntegramente su corazón a la mujer fuerte y virtuosa que la Providencia le deparara como el mejor ornamento de su casa. *In ornamentum domus suae*.

Y fue, por bien corto lapso de tiempo, la madre venturosa de una preciosa criatura, de una niña angelical que, añorando el cielo, como si su misión única en la tierra hubiese sido la de allanar los senderos del pensamiento divino, suscitando en aqueñil gran corazón el más entrañable de los amores humanos para una inmensa y todavía reservada efusión.

Y así se cumplió. Tras la separación de los dos bien amados seres en que repartiera sus más hondos afectos, nada podía sonreírle ya en el mundo. La brisa que orea y acaricia la frente de tantas madres hacendosas con la cristalina carcajada de sus hijos pequeños, no tenía para la señora Elmina otro sentido que el de una canción de patria percibida desde una ribera opuesta y lejana, el de los nostálgicos cantores de Israel sobre la margen de los ríos babilónios. Vivió así como escuchando la cita que nos dan para la eternidad de los seres amados que se van de la tierra, al par que veía dilatarse a lo infinito el horizonte abierto a su piedad, penetrando sin comprenderlo del todo, en el designio de Dios que se aproximaba.

Todos los dolores de la tristeza, del hombre, de la orfandad, del hastío que siempre se habían acercado a ella en busca de benevolencia cristiana, vosotros lo sabeis, culminaron en aquella horrenda tragedia que Tucumán no olvidará jamás: el cólera de 1886. El horror, la confusión, el espanto, la muerte vieron elevarse silenciosa sobre las lacerantes ruinas sembradas, la bandera de la piedad.

La piedad, que fué la esencia y el alma de esta vida fecunda, no es, señores, sino el amor en sus expansiones más elevadas y más puras; el amor que es la esencia de Dios mismo; el amor, que crea y que redime en mayor proporción a lo que el egoísmo destruye y esclaviza.

La piedad es esa sabiduría sublime que sobrepuja a todas las demás, es esa exquisitísima genial que da alas al talento e insufla en el espíritu la sed del bien, la heroica sed del sacrificio; es como un haz de todas las virtudes, que a semejanza de los instintos del águila, pone en el alma la seducción por lo que hay de más alto y de más vasto; la pasión irreductible por superación de las fuerzas morales propias, para redención de las debilidades ajenas.

Este don residía por modo eminente en el alma de a síerva fiel que Dios se había elegido y preparaba para un grande apostolado.

La piedad la llevó, como por grados, a fincar definitivamente en sólo Dios su pensamiento, su corazón, el norte único de su existencia y de sus obras. Por la piedad descendía presurosa desde la altura de sus contemplaciones hasta la obsequiosa servidumbre de los menesterosos y de los enfermos.

Por la piedad deslizaba con igual silencio y largueza su óbolo en el cepillo del templo y en la descarnada mano del hambriento.

Por la piedad con idéntica caridad y finura, substituía los andrajos sobre las carnes ateridas, o extendía la capa de su compasiva prudencia sobre las lacras morales de sus protegidos.

Por la piedad tenía que llegar al acatamiento gozoso de todos los sufrimientos propios y a la plenitud de la emoción materna frente al dolor de sus semejantes. Los que al 15 de Enero de 1888 la vistéis bajo las amplias bóvedas del templo prosternada y con el rostro al ras del frío pavimento, circuída por una corona de almas movidas de su ejemplo; los que la visteis erguirse indumentada con la librea de los pobres de Cristo, suspirado premio de un sacrificio conmovedoramente suntuoso, pudistéis comprender, señores que no fue un episodio aquel gesto suyo en presencia de un gran dolor de sus conciudadanos, ante un inmenso duelo nacional.

No. Aquel abrir de par en par las puertas de su residencia señorial a las vidas sin amparo, a los niños sin madre, expósitos forzosos de la fatalidad y de la muerte; aquel afán por recogerlos al calor de una ternura sin límites, aquel fervor para suscitar entre las personas de la más expectable condición, apóstoles de una cruzada inaudita; aquella simultánea abdicación de su fortuna y de su persona; la misma creación súbita de una familia religiosa de ascendrado espíritu y de misión sublime y trascendente, no fue un simple episodio del corazón estrujado por la amargura. Fue el epílogo heroico de la piedad de la venerable Madre Dominga del Santísimo Sacramento, largamente trabajada; fue un designio de lo alto que para gloria de la católica religión y de la patria magnificamenté se cumplía.

Señores:

La efemérides que celebramos hoy, no fue sinó el preludio armonioso de un poema insigne y bipartido. La primera parte es la que yo acabo de exponeros con deplorable desacierto, la segunda parte la evocará el brillante programa de hoy en fiesta reverente y lucida, y mañana, en esa largo mañana de las décadas y de las centurias, os hablarán de ella la historia de la beneficencia argentina, la historia de la piedad universal y la historia de la Iglesia, en cuyas solas manos está el signar irrevocablemente la heroicidad de las virtudes, como es sólo de su inspiración y de sus labios pronunciar el veredicto en la glorificación suprema de los santos.

Glorificetur Deus.

Libro Centenario del Nacimiento de 1933

Páginas 69 - 74